

Alberto García-Alix

«Quien te mira fijamente o es un provocador, o es un tonto o es un fotógrafo»

Nació en León en 1956 y tras pasar por diferentes actividades en su juventud, descubrió la fotografía. No fue hasta el año 1981 cuando montó la primera de sus muchas exposiciones. Desde entonces ha vivido siempre con una cámara pegada al cuello, lo que le llevó a ganar en 1999 el Premio Nacional de Fotografía. Tiene obra expuesta de manera permanente en museos de la talla del Centro de Arte Reina Sofía de Madrid y sus fotografías ilustran todo tipo de revistas, desde masculinas como «Maxim» a femeninas como «Vogue» o las muy prestigiosas «Vanity Fair» y el «British Journal of Photography».

«SI A UNA FOTOGRAFÍA LE METES MUCHA SAL GORDA O LA HACES MUY BARROCA, SIEMPRE CANTA MUCHO»

«EL FOTÓGRAFO NO TIENE QUE APORTAR REALIDAD, SINO DAR ALIENTO A LA FOTOGRAFÍA, DE TAL MANERA QUE PAREZCA CREÍBLE»

Está siempre rodeado de amigos de toda la vida y de los nuevos que se hace cada día. Y es que, bajo su aspecto de duro se encuentra una persona sensible y entrañable.

– Cuando realiza un retrato tiene una relación especial con el modelo y lo dobla como si fuera una escultura. ¿Dónde pone los límites en ese ejercicio?

– El límite lo ponemos los dos, un tanto por ciento cada uno. Hay muchas veces que trabajando puedes modelar el cuerpo humano y convertirlo en una arquitectura en el espacio. Algunas veces esa arquitectura aporta tensión, aporta ritmo, tiene lectura, ofrece una mirada especial... Cuando empiezo a trabajar es como si estirara de una goma, tenso, tenso, tenso y a veces me he ido y la cuerda se rompe, pero otras llego al punto que quiero. En ese tirar hay varios pasos. Empiezas en un plano, luego pasas a otro y otro, cada vez exageras más y más hasta encontrar lo que llamo la virtud de la foto.

– ¿Qué es esa virtud?

– Es cuando la foto es lo que tú quieres, cuando la entiendes perfectamente, cuando la comprendes...

– ¿Es cuando dice eso de «lo veo, lo veo»?

– Sí, o más bien «lo tengo, lo tengo», que es más cazador.

– La mayoría de sus fotografías de modelos presentan una frontalidad, ¿por qué decidió que fuese así?

– Siempre he pensado que lo que más me gusta es ser consciente de que como fotógrafo sé lo que estoy viendo. Así que, por una parte, dialogo con los ojos de quien voy a retratar. Si alguien te mira fijamente y te mantiene la mirada o es un provocador, o es un tonto o es un fotógrafo. Me parapeto detrás de la cámara y puedo entrar a mirar el otro rostro, dialogo con él, y luego quiero que el espectador que vea la foto dialogue

con la mirada del retratado, que le observe también. Es un camino de ida y vuelta. Consiste en que cuando te pones a mirar la foto, esos ojos también te atrapan, te observan a ti. De todos modos, no siempre empleo esa frontalidad. A veces busco una fotografía muy llana, muy simple, pero que no quede mentirosa. Si le metes mucha sal gorda o la haces muy barroca, siempre canta mucho. La simplicidad siempre es una aportación, tiene mejor lectura, se centra más, te dice más con menos.

– Dice que no quiere que sus fotos queden mentirosas, ¿refleja la realidad, como dicen algunos críticos?

– Yo creo que el fotógrafo lo que pretende, a través de la cámara y su mirada, es hacer creíble lo que tiene enfrente. El fotógrafo no tiene que aportar realidad, sino dar aliento a la fotografía, de tal manera que parezca creíble. En la fotografía no tiene que pasar nada, no tiene por qué haber una masacre o algo increíble para que tenga un aliento. Esa aportación del aliento es lo que da a la foto la virtud que debe tener. No es verdad ni es mentira, sino que debe ser creíble.

– ¿En su método de trabajo nunca se encuentra con la fotografía, siempre la busca?

– La foto para mí siempre es búsqueda. Te puedes encontrar una foto en la vida, alguna vez, pero la mayoría de las veces implica un proceso de búsqueda. Además, el ojo se educa. Yo lo eduqué mirando por cámara, porque al hacerlo fragmentamos la realidad y es necesario pensar qué es lo que estamos mirando.

– ¿Los recuerdos de toda su vida los tiene a través de un objetivo?

– No. A través del objetivo lo que tengo es a la gente, mucha gente, a los compañeros, pero los recuerdos no, porque cuando estás pasándolo bien o estás en una fiesta no tiras fotos.

– ¿Ha dejado detrás muchos momentos sin fotografiar?

– Pues sí, porque no tenía mucha conciencia. Ahora, cuanto más sabes, más te pesa la cámara. A veces pienso que tendría que haber tirado más, que tendría que haber aprovechado más las cosas que pasaron, pero las cosas vienen cuando vienen. Pero bueno, me conformo con lo que tengo.

– ¿Por qué ahora hace más fotografías de objetos?

– Es algo que he hecho siempre, lo que pasa es que ahora me lo piden más. La última exposición que hice en la sala Juana Aizpuru han sido catorce paisajes del último año de mi vida para narrar la experiencia que he vivido. Un paisaje no puede mostrar nuestra soledad, nuestro dolor. Para que ocurra así, lo importante es ser capaz de hacer un paisaje interior.

▼

**«EN CUANTO ME PONGO
EL CASCO DE LA MOTO
VUELVO A TENER 18
AÑOS»**

esa ventana no la olvidaré nunca. Ahora interiorizo más y no sé por qué.

– ¿Eché algo de menos en París?

– No mucho, porque me hizo buen tiem-

«comment allez-vous?» y «oh, là, là». El trabajo me va bien y he hecho el tratamiento y he salido adelante con ello.

– ¿Y no echó de menos la Harley que cambió por la Triumph?

– Eso fue un error de mi vida y lo supe cuando lo hice. Luego no me dejaba dormir y decía «pobre gordita, que será de ella sin mí, quién le pondrá la mano encima». Todavía sueño con ella y cuando la recuerdo se me encoge algo por dentro. ¡Qué compañera más noble era aquella moto! Porque me meten preso, pero sino fuese así me gustaría ir a la plaza de Emilio Castelar, tirar la estatua y poner mi moto, todo para que la ciudad sea más bonita.

– ¿Ha disfrutado más con las motos que con la fotografía?



– Esas fotos tomadas en París, ¿son más un retrato de dolor que el deseo de una expresión artística?

– Son expresión artística, pero en ellas hay mucho dolor, porque ha sido un momento muy delicado. Sin dolor no habría montado esa exposición. Una de las fotos surgió cuando estábamos recogiendo las últimas cosas de casa y en el televisor se reflejó una maqueta de una Harley en la que ponía Bar Rock Ola. A aquella foto la llamé «Un pasado en cartón piedra». Aquello era mi pasado, claramente. Otra de las fotos surgió cuando estaba tiritando de fiebre en la cama y tenía un ventanuco encima, a través del cual veía las chimeneas de París. Tengo fotos mejores, pero escogí para la exposición la visión desde mi cama, porque

po y me llevé la moto. Lo peor fue estar lejos de los amigos y la familia, pero no me he sentido solo, y eso que no hablo ni una palabra de francés, a no ser

▲

**«ME GUSTARÍA DEJARLE
LA PIEL A MIS AMIGOS,
COMO SI FUERA UN
CUADRO, PARA QUE LE
PUSIERAN UN MARCO»**

– Son dos cosas totalmente diferentes. Yo no sé conducir un coche y sin la moto no habría visto muchas cosas que he visto, pero también es algo para poder moverme. Eso sí, en cuanto me pongo el casco, vuelvo a tener 18 años.

– Aparte de las cámaras y las motos, García-Alix son también sus tatuajes. El primero que se hizo fue «Don't follow me. I'm lost». ¿Sigue fiel a ese lema?

– Joder, pues claro, «je suis perdu». Nunca he pensado un tatuaje para mi epitafio, pero sí me gustaría dejarle la piel a mis amigos, como un cuadro. Si eso fuera posible legalmente, repartiría mi piel para que le pusieran un marco, un cristalito y lo titularan «el Alberto».

Jaime Fernández